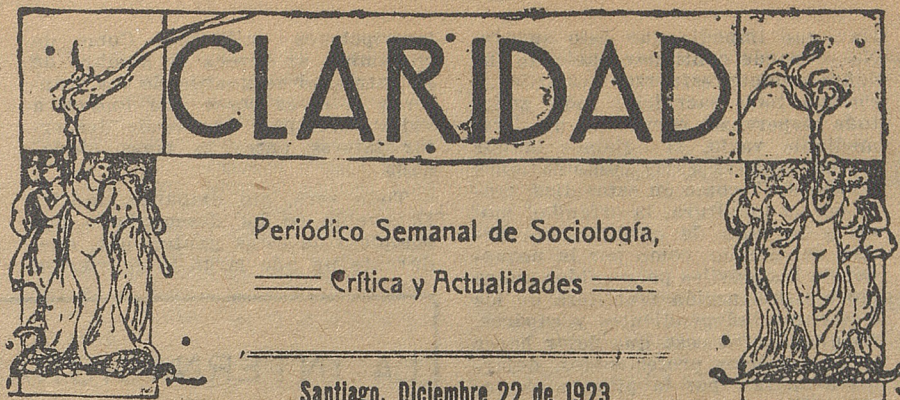


"CLARIDAD"

necesita el apoyo
espiritual y material
de los
hombres libres.



CLARIDAD no tiene opinión oficial
Su única norma es la libertad, el respeto a todas las ideas.
Su objeto es constituir la más amplia tribuna ideológica, a fin de ir creando conciencia en los individuos.
Cada uno de los artículos que publica revela el sentir y pensar de su autor.

EL DESQUICIAMIENTO DE UN RÉGIMEN

LA BANCARROTA POLITICA DE LA BURGUESIA

I

No debemos engañarnos atribuyendo al actual conflicto político proyecciones inusitadas. La simpatía partidista puede desvirtuar el significado real de los hechos que presenciemos; pero, colocándose a una propicia distancia del tumulto, es posible apreciarlos en su tranquila pequeñez. Vamos viendo. ¿Qué representan en nuestra vida pública la Unión Nacional y la Alianza Liberal? La Unión Nacional, sin atenuaciones ni distinguos, representa el conservadurismo sistemático, las doctrinas tradicionales de raigambre eclesiástica, los intereses de los grandes latifundistas y banqueros. Es el estado mayor de la oligarquía criolla, pacata y clerical. Por su parte la Alianza agrupa elementos nuevos, advenedizos de una democracia incipiente, deseosos de un efectivo predominio en la administración del Estado; y a igual que los otros, fieles cultores, en el fondo, de un concepto utilitario y oportunista de la política. Cada uno de estos dos organismos repite parodiando al infatuado monarca francés: "La República soy yo." Con este criterio unilateral y maleante, han gobernado cada vez que sus arcas electorales les han permitido llegar hasta al Capitolio. Si el juego inflexible de la razón no fuera suficiente para demostrarnos la ineffectividad de la política al uso, bastaría a ello el examen desapasionado del cielo histórico que, arrancando del caos revolucionario del 91 viene a terminar en las enconadas hostilidades de hoy. Toda esta época—en la anterior hubo hombres honrados e idealistas—ha sido por parte de los partidos chilenos un escarnio continuo a las aspiraciones populares, una atropellada búsqueda del éxito sin medida y sin moral, un desaforado aprovechamiento de los altos cargos para usufructo de círculos o de individuos. No podía ser de otra manera. Los poderes públicos habían perdido todo contacto con el pueblo: las elecciones, debido a la ausencia de cultura cívica, eran una comedia. Sin embargo, la última elección presidencial pudo ser el punto de arranque de una total renovación de nuestros maledados hábitos administrativos y políticos. Todos lo creyeron así. La energía desbordante del candidato, sus promesas tribunicas de reforma, sólidamente afirmadas por las fuerzas democráticas de Chile—obreros, juventud universitaria, intelectuales—parecían augurar el nacimiento de una acentuada conciencia nacional. La oligarquía reaccionaria—capi-

talistas, clericales, terratenientes—lo estimó de igual modo, y combatió con todas sus armas al hombre que polarizaba las simpatías de la multitud. Estuvimos al borde de una crisis institucional; pero, la reacción cedió, temerosa, y concentró sus defensas en una oposición implacable al nuevo gobierno. Era llegado el momento de prueba. A la violencia legalista y obstinada de la mayoría del Senado—espúreos representantes de su bolsa y su ambición—debió el Presidente Alessandri—representante de unánimes deseos del pueblo—oponer de inmediato su violencia renovadora y depuradora. El triunfo estaba de antemano asegurado. Todo el pueblo hubiera apoyado el gesto republicano que abría posibilidades inéditas de justicia y prosperidad. A pesar de todo, nada se hizo, entonces que estaban preparados la fuerza y el espíritu ciudadano. El Presidente no se atrevió. ¿Por qué? El Presidente siguió con la política de compromisos e inmoralidades de sus predecesores. Y de vez en cuando como una débil disculpa de la inercia gubernativa, de las inverosímiles transacciones gubernativas, de las inauditas claudicaciones gubernativas, decía, desde los balcones de la Moneda una voz quejumbrosa: "El Senado no me deja gobernar! El Senado no me deja gobernar!"...

II

Hoy, en vísperas de una elección, la Unión Nacional disputa agriamente con la Alianza Liberal. El Presidente, aliancista y discursivo, sale a las provincias en jirada de propaganda; resiste, acumulando sus energías postreras, a las imposiciones del Senado; hace latir la sensibilidad nacional en la inquieta espera de acontecimientos trascendentales. Esos acontecimientos trascendentales están, todavía, demasiado lejanos. En el mejor de los casos, una actitud definida del Presidente—clausura de las sesiones extraordinarias, organización de un ministerio agresivo, teñido—encumbraría sin contrapeso a la Alianza Liberal y le daría una victoria aplastante en las elecciones de Marzo. Pero ¿es que hay en la Alianza Liberal hombres capaces de sanear, sin contaminarse, el estercolero parlamentario de Chile? No los vemos; si existen deben ser en exceso modestos y se confunden con los demás, con los panaguados y arribistas, en la triste grisura de la mediocridad. Los viejos partidos reaccionarios se aferran con avaricia semil a su abundoso botín de privilegios; los jóvenes partidos de avanzada pe-

chan con desenfado plebeyo por ocupar el mejor lugar en el festín del cual habían estado, hasta hace poco, preteridos. Se dicen, estos últimos defensores de "las sagradas conquistas del liberalismo". Es cierto que ellas están consignadas en sus programas; pero cada vez que los representantes de esas facciones han llegado al poder han sido ahí los más irreverentes apóstatas de su credo. ¿A qué recordar, si no, esas inefables disposiciones contrarias a la libertad de opinar, dictadas por ministros radicales y al parecer escritas con una inquisitorial pluma de ganso? ¿Qué han hecho los partidos "liberales" contra el clericalismo que no sea soportarlo y aún adularlo en la personalidad estridente de sus voceros de ultramar? Ni para eso han servido! No, no podemos confiar así no más en la Alianza Liberal. Bien sabemos que sus hombres no son movidos por principios ni por un desinteresado afán idealista. Son idénticos a los otros, a los viejos; eso sí que con careta distinta. Arranquémosla y veremos aparecer la misma concupiscencia, el mismo anhelo de lucro, de encumbramiento fácil, de prebendas, de supremacía despótica y sin visión. De sus maquinaciones, así como de las de la Unión Nacional, está ausente el pueblo. El pueblo que sufre amarrado a la incertidumbre del porvenir, a la miseria injusta, al aprobio social, no está representado, no, ni por los unos ni por los otros. Se limita a prestar sus espaldas para levantarlos, zafio, ignorante, pero lleno a veces—no hay que olvidarlo—de sabios presentimientos e intuiciones maravillosas. Hoy vuelve a escuchar, a ovacionar, a crear al Presidente. Con cierto desdén, fatalista y sonriente, espera algo, y algo definitivo. Pero el Presidente no es el que puede darle la redención feliz. Está demasiado amarrado a los "nuevos ricos", a los "parvenus" de la pseudo-democracia y del pseudo-liberalismo. Aunque sus intenciones sean relativamente excelentes no podrá abrir el camino deseado. Bien pudo, otrora, haber sido el orientador de los primeros pasos de nuestra verdadera democracia; bien pudo haber desbrozado el campo para futuras siembras y cosechas; pero le faltó su visión y en imperio lo que le sobraba en verbalismo. Carece, el Presidente, de la voluntad genial que marcha en línea recta. Transigió, se rodeó de paliativos de turbio proceder, creó a su alrededor una red de intereses, tanto o más deleznable que los de cualquiera de los anteriores gobernantes. No supo ser independiente, ni digno, ni enérgico en la

obligada depuración de hombres y de ideas-normas con que debió comenzar la práctica de sus postulados de candidato. Y es por eso que nos vemos obligados a sonreír despreciativamente cuando oímos hablar de una posible dictadura republicana. ¿De quién? ¿De Alessandri? La dictadura de Alessandri sería la dictadura de la Alianza Liberal. Y en cuanto a la Alianza Liberal, más vale, como decía el otro, "no meneallo..."

III

No somos optimistas pero creemos que hay todavía en esta tierra fuerzas sanas y propósitos bien orientados. Urge despertar esas energías, hacerlas valer a plena luz, abrirles cauces propicios. Este es el momento. Asistimos a la inevitable y esperada bancarrota de un régimen. La agitación actual se presta a la confusión de doctrinas, de ambiciones, de actividades. Conviene, pues, precisar con nitidez el alcance del conflicto y la actitud de los que en él intervienen. No somos ni podemos ser, desde luego, ni remotamente parciales de la agusanada Unión Nacional; pero tampoco podemos inclinar plenamente nuestra simpatía hacia la Alianza Liberal. De la primera estamos separados por una diferencia insalvable de ideología y de espíritu, por un vasto hacinamiento de rencor, por el asco de nuestra conciencia libre; de la segunda también somos extraños, por la pobreza moral de sus hombres, por su falta de lealtad constante con los principios, por el oportunismo arribista que los caracteriza, por su timidez en la aplicación de doctrinas de por sí insignificantes, como son las suyas. Y, en fin, porque tenemos una distinta finalidad ideológica. Creemos que ninguna de las dos corrientes será capaz de renovar la República. Los dos van camino a la tumba: una por vieja, la otra por enferma.

Sin embargo, múltiples problemas reclaman la acción inmediata y coherente de una entidad nueva. No debe formarse y actuar, no para llevar, como los partidos de ahora, representantes al Parlamento, sino para impedir que lleguen ahí, los traficantes del sufragio, para presionar, desde fuera, a los poderes constituidos, para empujarlos hacia adelante, aun a despecho de sus intereses. Los hombres de honradez, de fe, de trabajo, tienen ahora, una oportunidad única para gritarles a los histriones de la política diaria: "¡No! La República no son ustedes. La República somos nosotros, los que trabajamos y sufrimos, los que

creamos riqueza, así espiritual como material, en la escuela, en el campo en la mina, en el taller." ¿Sucederá así? Lo más seguro es que no. Las multitudes sin sentimientos de dignidad ni de comprensión seguirán ciegamente y esperanzadamente a los tribunos de la Alianza Liberal. Y después, lo de siempre, lo de hoy, lo de ayer: abajo, servilismo resignado, miseria sin salida, oprobio silencioso; arriba, filibusterismo impudico, torneos retóricos, repartición de prebendas, explotación. Pasado el hervor de los días primeros, todo recobrará sus anodinas proporciones antiguas. No se habrá avanzado nada. Estaremos en el mismo sitio, rumiando sobre las ruinas de un sueño, otro sueño.

Hay que impedir que esto suceda. No se puede continuar haciendo indefinidamente esfuerzos estériles. Porque todo sacrificio, todo grito, toda esperanza caerá en un irremediable vacío, si dejamos actuar exclusivamente a las combinaciones políticas. Y como en estos días, tanto por la incultura, la orfandad moral y la falta de orientaciones firmes del pueblo, como por la pequeñez de los móviles perseguidos, no es posible una acción fructífera de los elementos independientes y capaces, no queda otra cosa que dejar hacer a los políticos profesionales, dejarlos arañarse, por la pitanza electoral. Mirar como el agua sucia pasa bajo los puentes...

Eugenio GONZALEZ R.

inscripciones militares. Como de costumbre se invoca el nombre de la patria, el resguardo de las fronteras y otras cosas que huefen a vejestorios, para conseguir despertar interés entre la masa ciudadana.

Todo será, sin embargo, inútil. El pueblo se ha desengañado por completo de estas pantominas, que, durante un año largo le convierten

en un ente automático que fácilmente puede dirigir cualquier jefecillo atrabiliario, y por eso se resiste enérgicamente a concurrir a los cuarteles.

Esto nos parece bien, porque, mal que mal, va demostrando que no todos los esfuerzos son perdidos, ni toda la propaganda es estéril.

ALARICO.

COMENTARIOS

LA HUELGA DE IQUIQUE

El movimiento huelguista que por más de dos meses, y tras esfuerzos superiores sostuvieron los camaradas marítimos de Iquique, ha terminado en una forma que no es la más halagadora para templar el espíritu de los trabajadores. Se puede decir que este movimiento fué quebrantado por la falta absoluta de apoyo de los organismos centrales que hay en el país.

Nada, en efecto, se hizo por prestarle la ayuda que necesitaba para triunfar en sus pretensiones.

Aparte de una que otra proclama y manifestación platónica, el principio de solidaridad y ayuda mutua de que se hace tanto alarde en los discursos callejeros, no se vió traducido en ninguna acción consciente, práctica, eficaz.

Sin embargo, los caudillos que "mangonean" los organismos federales, y se levantan un pedestal a costa de la inconsciencia de las masas, continuarán expeliendo en arengas incendiarias el compañerismo, la solidaridad y exhibiendo las máximas falaces y cristianas: "Uno para todos, todos para uno." Esto es realmente impudico.

Si los sindicatos existen para crear conciencia en los individuos y desarrollar un plan armónico y uniforme de custodia y defensa de los intereses obreros, y si prácticamente demuestran en un momento dado ser incapaces para actuar en el sentido de realizar los puntos de vista que les dieron vida, es preferible que se declaren en bancarrota a continuar engañando a las multitudes con el espejismo de bienandanzas que nadie trata de plasmar en realidades.

DIRIGENTES SOSPECHOSOS

A pesar de la obra emprendida por más de una de las organizaciones de resistencia que conocemos, aún no está del todo limpio el campo sindical de ese elemento que no tiene ninguna vinculación con los obreros.

Sabemos positivamente de una Federación Obrera, en la cual hay un industrial que es tesorero de ella—o porque es tesorero ha podido ser al mismo tiempo industrial—y no obstante jamás se ha pensado en tomar una medida en su contra.

Se nos ocurre que esto es altamente inmoral.

No existe, no puede existir la menor afinidad de intereses entre un señor que en su fábrica explota al obrero con el que necesariamente tiene que codearse y tratarse de compañero en el seno de la organización. Si esto no es engañar y burlarse de la simpatía de los federados, no nos atreveríamos a decir que es proceder con limpieza y honradez.

Ya es tiempo que los trabajadores emprendan una enérgica cruzada contra estos "dirigentes" que son verdaderas sanguijuelas de la organización.

LOS PREMIOS A LA VIRTUD

En su afán de fortalecer valores morales venidos a menos y caídos en desuso, la burguesía ha instituido, entre otras cosas, el premio a la virtud.

No hace mucho, acaba de agradecerse con unas cuantas prebendas a varias señoritas de la clase alta y media, que, después de un examen minucioso y prolijo, resultaron virtuosas por todos sus lados.

El mayor argumento que se hizo a favor de cada una de las damitas favorecidas, fué el de que habiendo cumplido más de treinta años, y siendo solteras de nacimiento, aún no habían conocido los placeres y dolores que trae consigo la maternidad.

AFIRMACION EQUIVOCADA

En no recordamos qué reunión, se dijo recientemente que "todas las doctrinas habían fracasado".

Como se trataba de una afirmación más o menos apriorística, la frasecita esa no tuvo mayores opositores. Nos parece, sin embargo, que no está del todo cercana a la verdad.

Las doctrinas, las ideas, no son más que doctrinas e ideas; es decir, manifestaciones sutiles, ingeniosas, nobles y elevadas del pensamiento humano. ¿Cómo pueden entonces fracasar, si carecen de toda envoltura tangible y corpórea?

Lo que puede fallar, o prestarse a equívocos y errores, es la aplicación que los individuos hagan de las ideas y de los principios. Y así, el anarquismo, el comunismo, etc., continuarán siempre siendo el comunismo y el anarquismo, a pesar de que haya sedicentes anarquistas que se inscriben en los registros electorales o que pertenecen al secretariado de las instituciones sindicales.

Los errores, la torpeza, la pasión o la "viveza" de los individuos, que se aprovechan de las ideas para sus fines particulares, no tienen nada que ver con los postulados en los cuales se basa el fundamento de las corrientes ideológicas que dividen y separan a los hombres.

Creerlo así, sería como aceptar que el homicida no es el hombre que da muerte a otro, sino el puñal o revólver que empleó para realizar sus propósitos.

LAS INSCRIPCIONES MILITARES

Tenaz campaña está realizando la prensa en bien de las próximas

LA INTERNACIONAL SINDICAL ROJA

La Federación Obrera de Chile, que hasta hoy ha venido desarrollándose bajo la tutela del Partido Comunista, está próxima a celebrar una Convención.

En esta reunión se resolverá si dicha Federación continúa o no prestando su adhesión y apoyo incondicional a la Sindical Roja de Moscú.

Como este asunto ha dado origen a agrias y acaloradas discusiones en los círculos obreros, hemos estimado necesario—para mayor conocimiento del problema—publicar parte de una interesante comunicación enviada a los compañeros de la Unión Sindical Italiana, en circunstancias parecidas a las actuales, por el camarada A. Schapiro, harto conocedor de todo lo que atañe a cuestiones sindicales.

Como se verá en este artículo, no sale muy bien parada la famosa Internacional Sindical Roja, organismo del que dijimos en un número anterior que era "sólo un apéndice del Partido Comunista."

¡Y bien! La Internacional Sindical Roja de hecho no existe. Ella es un conglomerado de grupos comunistas, y nada más. Estudiad su composición. Considerad los países de gran desarrollo sindical revolucionario. Tomad a Francia: hasta ahora todavía los sindicalistas franceses no han adherido a Moscú, y nosotros sabemos que están bien lejos de hacerlo. En España, donde recrudescen una reacción inaudita, y donde todo es clandestino, y por eso son imposibles las reuniones obreras libres, nosotros sabemos, empero, que la adhesión de la Confederación del Trabajo es asaz dudosa. Nuestros compañeros sindicalistas de Alemania fueron, desde el primer momento, opuestos a Moscú. Los I. W. W. de América se han declarado netamente contrarios a Moscú. Y otro tanto los sindicalistas de Suecia. La Argentina ha desautorizado a su representante en Moscú, Tom Parker, apenas éste ha probado estar en amigables relaciones con el gobierno ruso.

Pero, entonces, ¿quién queda en la Internacional Roja? Sumado todo no quedan más que los sindicatos rusos y sus acólitos las organizaciones obreras de Ucrania, de Georgia, de Aserbejdian, del Bukara, del Turquestán.

Por lo que respecta a los sindicatos rusos ellos están completamente bajo la tutela del Partido Comunista ruso, y sus militantes que operan, sea en el Consejo Central de los Sindicatos rusos, sea en los diferentes sindicatos industriales rusos, son todos miembros activos del Partido Comunista y obligados a inclinarse ante la disciplina de hierro que rige en este partido y todas las directivas y todas las órdenes de él emanadas.

Las otras organizaciones obreras, casi inexistentes, están simplemente dirigidas y conducidas por el Partido Comunista ruso o por sus sucursales.

¿Quién está todavía en la I. S. R.? Están los grupos comunistas de las organizaciones reformistas de Alemania; los grupos comunistas de los sindicatos ultra amarillos gomperianos de América. Se deduce que toda la Internacional de Moscú está compuesta sea por organizaciones totalmente sometidas al Partido Comunista ruso, sea por núcleos controlados por los mismos partidos comunistas nacionales, que a su vez están dirigidos siempre por el mismo Partido Comunista ruso.

El movimiento sindicalista revo-

lucionario de Italia, no se haga, pues, ninguna ilusión: la Internacional Sindical de Moscú es la hija ilegítima de la Internacional Comunista y, en consecuencia, la sirvienta para todo servicio del Partido Comunista ruso.

Establecido esto, veamos qué hace en la hora actual el Partido Comunista ruso.

Después de su segundo Congreso él mismo se ha desenmascarado. Se ha declarado por el capitalismo. Quema lo que ha adorado y adora lo que ha quemado. El está pronto a todas las ignominias con tal de conservar el poder.

No tiene más el poder económico (está próximo a venderlo en subasta a los capitalistas de la Entente); el poder político: he aquí su incubo, he aquí lo que quiere conservar a cualquier costo, a costo de la muerte de la revolución rusa.

El persigue a todos los revolucionarios anarquistas, sindicalistas, maximalistas, socialistas revolucionarios de izquierda, comunistas de tendencia izquierdista. Los persigue como no lo hace ningún Estado: aprisionamientos sin proceso y sin razón alguna, condenas sin motivos aunque mínimos y sin que el condenado lo sepa, ejecuciones sumarias siempre sin razón alguna...; no, hay una sola razón: son revolucionarios.

¿Sabéis vosotros; compañeros de la U. S. I., que la Internacional Roja de Moscú no ha protestado nunca—comprended vosotros, nunca—con una sola palabra, aunque sea tímida, contra la política netamente capitalista del Partido Comunista ruso y del Consejo Central de los Sindicatos rusos, que se ha declarado en completo acuerdo con el gobierno ruso? ¿Sabéis vosotros que ni el Consejo Central de los Sindicatos rusos ni la Internacional roja no han protestado jamás contra las persecuciones sufridas por los obreros y militantes sindicalistas y anarquistas en Rusia?

Recordáis vosotros, que, por el contrario, en el Congreso constitutivo de la I. S. Roja, Bukarín, uno de los jefes del Partido Comunista ruso, aunque no delegado al Congreso, tomó la palabra para vilipendiar a los anarquistas y a los Sindicalistas rusos? Y vosotros sabéis, hoy, que paralelamente al deseo del gobierno ruso de ganarse la amistad de los verdugos imperialistas del capitalismo mundial, la Internacional Comunista, por voluntad de los jefes del Partido Comunista ruso, mira con ojos tiernos a la II In-

LA BANCARROTA POLITICA DE LA BURGUESIA.

I

No debemos engañarnos atribuyendo el actual conflicto político proyecciones inusitadas. La simpatía partidista puede desvirtuar el significado real de los hechos que presenciemos; pero colocándose a una propicia distancia del tumulto, es posible apreciarlos en su tranquila pequeñez. Vamos viendo ¿Qué representan en nuestra vida pública la Unión Nacional y la Alianza Liberal? La Unión Nacional, sin atenuaciones ni distiagos, representa el conservadurismo sistemático, las doctrinas tradicionales de raigambre eclesiástica, los intereses de los grandes latifundistas y banqueros. Es el estamento mayor de la oligarquía criolla, pacata y clerical. Por su parte la Alianza agrupa elementos nuevos, advenedizos de una democracia incipiente, deseosos de un efectivo predominio en la administración del Estado; y a igual que los otros, fieles cultores, en el fondo, de un concepto utilitario y oportunista de la política. Cada uno de estos dos organismos repite parodiando al infatigable monarca francés: "La República soy yo." Con este criterio unilateral y maleante, han gobernado cada vez que sus arcas electorales les han permitido llegar hasta el Capitolio. Si el juego inflexible de la razón no fuera suficiente para demostrarnos la ineficacia de la política al uso, bastaría a ello el examen desapasionado del cielo histórico que, arrecajado del caos revolucionario del 91 viene a terminar en las escabadas hostilidades de hoy. Toda esta época - en la anterior hubo hombres honrados e idealistas- ha sido por parte de los partidos chilenos un escarabajo continuo a las aspiraciones populares, una atropellada búsqueda del éxito sin mesura y sin moral, un desahorase aprovechamiento de los altos cargos para usufructo de círculos o de individuos. No podía ser de otra manera. Los poderes públicos habían perdido todo contacto con el pueblo: las elecciones debido a la ausencia de cultura cívica, eran una comedia. Sin embargo la última elección presidencial pudo ser el punto de arranque de una total renovación de nuestros maleados hábitos administrativos y políticos. Todos lo creyeron así. La energía desbordante del candidato, sus promesas tribunicias de reforma, sólidamente afirmadas por las fuerzas democráticas de Chile -obreros, juventud universitaria, intelectuales- Parecía augurar el nacimiento de una acentuada conciencia nacional. La oligarquía reaccionaria -capitalistas, clericales, terratenientes- lo estimó de igual modo, y combatió con todas sus armas al hombre que polarizaba las simpatías de la multitud. Estuvimos al borde de una crisis institucional; pero, la reacción cedió temerosa, y concentró sus esfuerzos en una oposición implacable al nuevo gobierno. Era llegado el momento de prueba. A la violencia legalista y obstinada de la mayoría del Senado -espúreos representantes de su bolsa y su ambición- debió el Presidente Alessandri -representante de unánimes deseos del pueblo- oponer de inmediato su violencia depuradora y renovadora. El triunfo estaba de antemano asegurado. Todo el pueblo hubiera apoyado el gesto republicano que habría posibilidades inémitas de justicia y prosperidad. A pesar de todo, nada se hizo, entonces que estas preparadas la fuerza y el espíritu ciudadano. El Presidente no se atrevió. ¿Por qué? El Presi-

dente siguió con la política de compensadas e inmorales de sus predecesores. Y se vez en cuando como una débil disculpa de la inercia gubernativa, de las inverosímiles transacciones gubernativas, de las inauditas claudicaciones gubernativas, decía, desde los balcones de la Moneda una voz quejumbrosa: "El Senado no me deja gobernar! El Senado no me deja gobernar !.

II

Hey, en vísperas de una elección, la Unión Nacional disputa agriamente con la Alianza Liberal. El Presidente, aliaacista y discursivo, sale a las provincias en gira de propaganda; resiste, acumulando sus energías postreras, alas imposiciones del Senado; hace latir la sensibilidad nacional en la inquieta esfera de acontecimientos trascendentales. Estos acontecimientos trascendentales están, todavía demasiado lejanos. En el mejor de los casos, una actitud definida del Presidente -clausura de las sesiones extraordinarias, organización de un ministerio agrario teñido- encumbraría sin contrapeso a la Alianza Liberal y le daría una victoria aplastante en las elecciones de Marzo. Pero ¿es que hay en la Alianza Liberal hombres capaces de sanear, sin contaminarse, el estercolero parlamentario de Chile? No los vemos; si existen deben ser en exceso modestos y se confunden con los demás, con los panaguados y arribistas, en la triste grisura de la mediocridad. Los viejos partidos reaccionarios se aferran con avaricia a su raída botija de privilegios; los jóvenes partidos de avanzada pechan con desenfado albebo por ocupar el mejor lugar en el festín del cual habían estado, hasta hace poco, preteridos. Se dicen, estos últimos defensores de "las sagradas conquistas del liberalismo" Es cierto que ellas están consignadas en sus programas; pero cada vez que los representantes de esas facciones han llegado al poder han sido ahí los más irreverentes apóstatas de su credo. ¿A qué recordar, si no, esas inefables disposiciones contrarias a la libertad de opinar, editadas por ministros radicales y al parecer escritas con una inquisitorial pluma de ganso? ¿Qué han hecho los partidos "liberales" contra el clericalismo que no sea soportarle y aún adularle en la personalidad estridente de sus voceros de ultramar? Ni para eso han servido! No, no podemos confiar así no más en la Alianza Liberal. Bien sabemos que sus hombres no son novicios por principios ni por un desinteresado afán idealista. Son idénticos a los otros, a los viejos; eso sí que con careta distinta. Arraquémosla y veremos aparecer la misma concupiscencia, el mismo anhelo de lucro, de encumbramiento fácil, de prebendas, de supremacía despotica y sin visión. De sus maquinaciones, así como de las de la Unión Nacional, está ausente el pueblo. El pueblo que sufre amarrado a la incertidumbre del porvenir, a la miseria injusta, al aporebio social, no está representado, no, ni por los unos ni por los otros. Se limita a proporcionar sus espaldas para levantarlos, zafie, ignorante, pero lleno a veces - no hay que olvidarlo- de sabios presentimientos e intuiciones maravillosas. Hoy vuelve a escuchar, a evasivarse, a creer al Presidente. Con cierto desdén, fatalista y sonriente, espera algo y algo definitivo. Pero el Presidente no es quien puede darle la redención feliz. Está demasiado amarrado a los "nuevos ricos", a los "parvenus" de la seudo-democracia y del seudo-liberalis

me. Aunque sus intenciones sean relativamente excelentes no podrá abrir el camino deseado. Bien puede, otrera, haber sido el orientador de los primeros pasos de nuestra verdadera democracia; bien puede haber desbrozado el campo para futuras siembras y cosechas; pero le falte su visión y en imperio le que le sobraba en verbalismo. Carece, el Presidente, de la voluntad genial que marcha en línea recta. Transigió, se rodeó de palabrigos de turbio proceder, creó a su alrededor una red de intereses tanto o más delezable que los de cualquiera de los anteriores gobernantes. No supo ser independiente, ni digno, ni enérgico en la obligada depuración de hombres y de ideas- nuevas con que debió comenzar de práctica de sus postulados de candidato. Y es por eso que nos vemos obligados a sonreír despreciativamente cuando él nos habla de una posible dictadura republicana. ¿De quién? ¿De Alessandri? La dictadura de Alessandri sería la dictadura de la Alianza Liberal. Y en cuanto a la Alianza Liberal, más vale, como decía el otro "no menzalle..."

III

No somos optimistas pero creemos que hay todavía en esta tierra fuerzas sanas y propósitos bien orientados. Urge despertar esas energías, hacerlas valer a plena luz, abrirles cauces propicios. Este es el momento. Asistimos a la inevitable y esperada bancarota de un régimen. La agitación actual se presta a la confusión de doctrinas, de ambiciones, de actividades. Conviene, pues, precisar con nitidez el alcance del conflicto y la actitud de los que en él intervienen. No somos ni podemos ser, desde luego, ni remotamente parciales de la agustanada Unión Nacional; pero tampoco podemos inclinarnos plenamente nuestras simpatías hacia la Alianza Liberal. De la primera estábamos separados por una diferencia insalvable de ideología y de espíritu, por una vasta hacinamiento de reacer, por el asco de nuestra conciencia libre; de la segunda también somos extraños, por la pobreza moral de sus hombres, por su falta de lealtad constante con los principios, por el oportunismo arribista que los caracteriza, por su timidez en la aplicación de doctrinas de por sí insignificantes, como son las suyas. Y, en fin, porque tenemos una distinta finalidad ideológica. Creemos que ninguna de las dos corrientes será capaz de renovar la República. Los dos van camina a la tumba: una por vieja, la otra por enferma.

Sin embargo, múltiples problemas reclaman la acción inmediata y coherente de una entidad nueva que debe formarse y actuar, no para llevar, como los partidos de ahora, representantes al Parlamento, sino para impedir que lleguen ahí, los traficantes del sufragio, para presionar, desde fuera, a los poderes constituidos, para empujarlos hacia adelante, sus a despecho de sus intenciones. Los hombres de honradez, de fe, de trabajo, tienen ahora, una oportunidad única para gritarles a los histriónicos de la política diaria: " ¡ No ! La República no son ustedes. La República somos nosotros, los que trabajamos y sufrimos, los que creamos riqueza, así espiritual como material, en la escuela, en el campo, en la mina, en el taller" ¿Sucesera así? Lo más seguro es que no. Las multitudes sin sentimientos de dignidad ni de comprensión seguirá ciega

amente y esperanzadamente a los tribunales de la Alianza Liberal. Y después, le de siempre, le de hoy, le de ayer: abajo, servilismo resignado, miseria sin salida, aprebio silencioso; arriba, filibusterismo impudico, terrores retóricos, repartición de prebendas, expoliación. Pasado al hervor de los días primeros, todo recobrará sus anejas proporciones antiguas.. No se habrá avanzado nada. Estaremos en el mismo sitio, ruidando sobre las ruinas de un sueño, otro sueño. Hay que impedir que esto suceda. No se puede continuar haciendo indefinidamente esfuerzos estériles... Porque todo sacrificio, todo grito, toda esperanza caerá en un irremediable vacío, si dejamos actuar exclusivamente a las combinaciones políticas. Y como en estos días, tanto por la incultura, la orfandad moral y la falta de orientaciones firmes del pueblo, como por la pequeñez de los móviles perseguidos, no es posible una acción fructífera de los elementos independientes y capaces, no queda otra cosa que dejar hacer a los políticos profesionales, dejarles arañarse, por la pitanza electoral. Mirar como el agua sucia pasa bajo los puentes...

Eugenio GONZALEZ R.